

Colaboración de LA VANGUARDIA

DIALOGO Y CONTRIBUCION PARA EUROPA

MONSEÑOR ANGLÉS, ACADEMICO DE VIENA

PARA todos nosotros ha sido una gran alegría la solemne recepción en la Academia de Viena como académico de honor de monseñor Higinio Anglés, el gran musicólogo español. Digo «para todos nosotros» y quisiera explicar el alcance del pronombre en este caso. No me refiero sólo a los musicólogos volcados sobre la historia de la música española: para ellos, claro está, el nombre y la gloria de Higinio Anglés es gloria suya, pues a él se le debe la creación de una auténtica «escuela» nacida de una serie de aportaciones decisivas a la historia de la cultura europea. En inmediata relación con ese grupo está la soledad de quienes explicamos Historia de la Música en los Conservatorios españoles, en un ambiente difícil por multitudinario, por ausencia de preocupaciones heredadas y actuales, por desconexión con la vida universitaria, pero en los Conservatorios y en la Universidad, cuando explicamos Historia de la Música — así, plenamente, no se habla como un compartimiento estanco de «Historia de la música española» — podemos explicar su extraordinaria aportación desde las «Cantigas» hasta el siglo XVIII.

Sin embargo, en el «para nosotros» va incluido el grupo o las soledades unidas de quienes estamos pidiendo para nuestra vida musical una plena apertura a lo europeo. Me gusta recordar a las Juventudes Musicales de Barcelona que hubo un importante diálogo Schönberg-Anglés, cuando el fundador de la más avanzada música europea buscaba en la memoria de la música europea, en la polifonía de la Baja Edad Media, las raíces de un concepto nuevo de la inspiración. También debe recordarse el diálogo Falla-Anglés y siempre toda su preocupación por ese diálogo con Europa, por su cálida e indignada protesta cuando queremos defendernos del saber y de la cultura cultivando sólo nuestro jardín, olvidándonos de que sin el diálogo, el jardín se hace estepa y el bosque yerma. Precisamente grandes trabajos musicológicos de Anglés han señalado esas cimas de la música española — Cantigas, Morales, Cabalillos — que fueron también diálogo y contribución importante para Europa. Alargo un poco más el ámbito de los destinatarios de la alegría hacia los que están o estuvimos entre el mundo romano y son testigos, como lo fuimos nosotros, de lo que en Roma significa monseñor Higinio Anglés.

La Academia de Viena, que recibe como académico de honor a monseñor

Anglés, es una de esas instituciones europeas tan venerable como incapaz de envejecer. He estado en Viena, en sus festivales de música; ir allí es hacer el viaje al corazón de la música europea. Calles, estatuas, palacios nos hablan de la vieja comunidad con España: todavía ayer mismo un historiador me enseñaba una carta autógrafa de Felipe II al Emperador Fernando negándole cortésmente el préstamo de su capilla musical. Le extrañaba a mi interlocutor que un especialista en música contemporánea se metiera como en agua propia al hablar de la música en la corte de Viena y en la de Madrid: entonces, en esa Viena de la Academia donde Anglés ha sido recibido, yo le conté cómo todos, desde Menéndez Pidal hasta el más humilde de los críticos debemos a monseñor capítulos nuevos y decisivos en la historia de Carlos I y de Felipe II. Lo mismo repetía yo al comunicar a la Academia de San Fernando en Madrid el honor que suponía para nuestro compañero su nombramiento. Muy bello es ser invitado para viajar a Viena, corazón de la música europea, pero lo de verdad bello e importante es ganarse, como se ha ganado monseñor Anglés, el derecho a un sitio de honor y de trabajo en el centro de ese mismo corazón. Estamos, pues, de enhorabuena y no se la perturba si hay al escribirlo no pocas dosis de preocupación y de amargura porque todavía no podemos certificar una auténtica apertura de nuestro mundo intelectual, universitario, a las realidades de la Musicología, porque todavía es «soledad española» el trabajo sobre las viejas músicas.

Salgo ahora para Mallorca a pronunciar una conferencia de clausura en el concurso internacional «Federico Chopin», cuya organización por las Juventudes Musicales es no pequeño consuelo. Ante esas juventudes, ante su Congreso Nacional, procuraré poner el corazón más abierto y grande para decirles lo que significa el honor de Viena. Mientras tanto, la Musicología española celebra la gran fiesta íntima de su batallador, entusiasta y hasta violento patriarca y no extraña esta última palabra pues sólo con esa «soliviantada madurez» de la que hablaba mi maestro Eugenio d'Ors, es posible remover el cuerpo de la música española para que despierte, aunque al removerlo se rompan los trastos viejos y el ornamento inútil.

Federico SOPENA
de la Real Academia
de San Fernando

Madrid, junio 1960.

EN MEMORIA DEL DR. CARDENAL

UN PROFESOR CATALAN, HONRA DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

HA muerto el profesor Cardenal y con su muerte ha perdido la Medicina española la más representativa figura de la Cirugía de este siglo; de la Cirugía de una época en la que ser cirujano era algo muy distinto de lo que es serlo ahora, en que las nuevas técnicas, los progresos de la anestesia, el descubrimiento de las sulfamidas y de los antibióticos y la labor de equipo, si bien significan un gran beneficio para el enfermo y un progreso indiscutible, diluyen en parte la personalidad del cirujano y, en muchos casos, disimulan errores, torpezas o faltas de preparación, que en otros tiempos hubieran resultado fatales. Los que ya hemos superado hace años nuestras bodas de plata con la profesión, comprendemos y podemos valorar lo que significa ser cirujano en nuestros comienzos y mucho más cuando empezaba a serlo nuestro maestro.

Sería muy largo hacer un bosquejo biográfico del profesor Cardenal, porque ello implicaría resumir la historia de más de medio siglo de Cirugía española, tal vez de la más dilatada vida profesional activa de quien ostentaba la veteranía de nuestros cirujanos con 62 años consecutivos de actuación. Tampoco es ese nuestro propósito, y hemos de limitarnos a dedicar un somero recuerdo a quien supo ser el continuador de una obra y conservar y acrecentar el prestigio de un apellido, ya que en la escuela de su padre, don Salvador Cardenal Fernández, se formaron figuras de tanto relieve como Recasens, Rivas y Rivas, Raventós, Ruesca, etcétera. Pero don León no quiso vivir a la sombra de la bien adquirida fama paterna y, tras su licenciatura en la Facultad de Medicina de Barcelona y una dilatada estancia en el extranjero, hizo su doctorado en Madrid y a Madrid dedicó toda su vida, todo su saber y todas sus ilusiones.

Aquí llegó en los primeros años del siglo, tras la más completa formación en las clínicas suizas, alemanas y austriacas, precisamente en el momento en que era necesario incorporar a nuestro arte los principios de una técnica que en nada ha variado desde que su inteligencia, su tenacidad y su lucha contra los prejuicios y la oposición sistemática con que se recibe todo lo desconocido, consiguió imponerlos en sus Servicios del Hospital de la Princesa y más tarde en la Facultad de Medicina, cuya cátedra obtuviera en brillantísimas oposiciones en el año 1913 y en donde le hubiera sido imposible aplicar sus profundos conocimientos y su admirable técnica quirúrgica, sin las imprescindibles normas de asepsia que constituyen la base fundamental y que él logró establecer en aquellos quirófanos, tan distintos a los de ahora, hasta el extremo de tener que improvisarlo todo, instalando en su propio domicilio un autoclave en el que personalmente esterilizaba guantes, blusas, paños, gasa y algodón, que él mismo trasladaba en sus bombonas al hospital en el que había de poner sus manos diestras y su prodigiosa inteligencia al servicio de los enfermos de la beneficencia.

En el aula, al igual que en el quirófano, supo imponer las normas de seriedad, eficacia y disciplina a que estaba acostumbrado, ya que sus características eran el

amor al trabajo unido a unas dotes de organizador inigualables al servicio de su privilegiada inteligencia. En su Cátedra, ya en mis tiempos de estudiante, se empezaba a trabajar a las ocho de la mañana y se rendía culto a la más exacta puntualidad, en cuyo extremo era tan exigente, que aún recuerdo el día de mi incorporación a la Cátedra de Madrid, en que tuvo la gentileza de hacer mi presentación, y en cuyo discurso no pudo faltar, como consejo a los estudiantes, la conveniencia de acatar y aceptar el horario que precisamente coincidía con el que él fijara en sus tiempos.

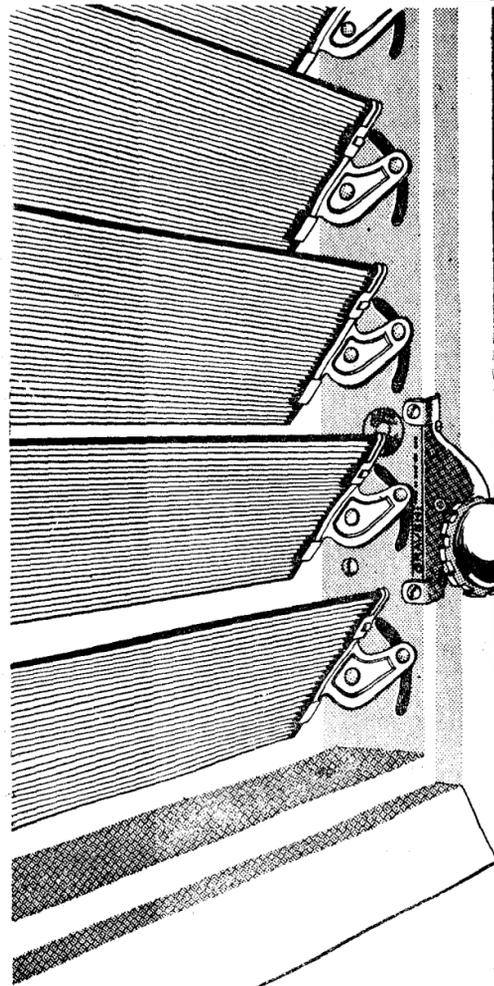
Su contribución a la cultura quirúrgica, fue mucho más allá de nuestra Facultad, de nuestras fronteras; su categoría científica y sus dotes de poliglota, le llevaron a representar a nuestro país en numerosos Congresos y a editar en español una serie de obras cumbre, seleccionadas dentro de la especialidad quirúrgica, entre las que cuentan, el gran tratado de Keen, con sus ocho tomos, la extensa obra de exploración clínica de Sahli, la Patología quirúrgica de Garré, el Eisberg y tantas otras. Así como numerosas publicaciones en revistas nacionales y extranjeras y su magnífico Diccionario de Ciencias Médicas, fruto de su perfecto conocimiento de los idiomas que hablaba y escribía correctamente, y del que ya son numerosas las ediciones que se han hecho.

Cuando comentábamos entre compañeros la razón por la cual Cardenal no había escrito una Patología Quirúrgica, yo me lo explicaba perfectamente en este hombre meritorio, capaz de llenar una época de la Cirugía, pero en el que dominó siempre algo de lo que tan poco se prodiga: la seriedad científica y la modestia. Cardenal era un hombre serio y elegante, que supo mantener su propia personalidad y prefirió traducir obras maestras a plagiarlas, aumentar sus conocimientos que explotar los que ya poseía, enseñar a los alumnos la verdad probada y experimentar calladamente las técnicas nuevas, para aumentar sus conocimientos y reunir, día tras día, una gran fortuna de saber para transmitirla a sus sucesores, a sus discípulos.

Cardenal consiguió reunir en sí mismo las tres cualidades que más admirara su padre y que correspondían a los tres cirujanos que más llegaron a impresionarle: la conciencia quirúrgica de Ollier, la destreza de Pean y la corrección científica de Kocher.

Mucho es lo que los cirujanos españoles debemos a don León Cardenal. Yo, por mi parte, a sus enseñanzas y a sus consejos debo mi decisión de ser cirujano y también la honra de haberle dado la satisfacción de ser el único discípulo suyo que llegó a la Cátedra. El cariño y la admiración que siempre sentí por él, ha sido para mí motivo de orgullo, como lo fuera, en distintas ocasiones, hacer su presentación a mis alumnos cuantas veces vino a obsequiarnos con sus lecciones. El sentimiento y la pena que su muerte me ha producido, justifican también estas líneas, en las que quiero poner de relieve, principalmente ante la juventud, el ejemplo de esa vida totalmente dedicada al servicio de sus semejantes.

Rafael VARA LOPEZ



GRAVENT
LA VENTANA QUE HA LOGRADO SER PERFECTA
DE ALUMINIO Y CRISTAL GRADUABLE

Completa la decoración y resuelve con originalidad y buen gusto los problemas que plantea, en toda la construcción, la falta de

* LUZ * ESPACIO * VENTILACION

GRAVENT

MALLORCA, 317 - TELEFOS. 36 15 79 y 25 79 42 - BARCELONA

REPRESENTANTES:

EN TARRAGONA: Sr. RAFAEL MUTLLO - APODACA, 11 - Teléf. 1764

EN LERIDA: CARDONA Y MUNNE, S. A. - AVDA. DEL CAUDILLO, 41 - Teléf. 2200

EN GERONA: Sr. JUAN ROCA PALOU - PLAZA DEL POETA MARQUINA, 4 - Teléf. 2441

Vendemos comodidad...

Nuestras tres Casas, céntricamente situadas, ponen a su alcance elementos perfectos para su DESCANSO.

¡Compruébelo hoy mismo!



COLCHONES ELASTICOS
ALMOHADAS - SOMIERS
CAMAS-CAMAS PLEGABLES-CUNAS
MUEBLES PARA TERRAZA Y JARDIN
COMERCIAL

también somos
DISTRIBUIDORES
DEL FAMOSO



ELECTRO PARLONET

de
COLCHONES MODERNOS
(CEPCOMSA)

BÁLMEZ, 2 - VIA LAYETANA, 21
PASO DE GRACIA, 58